

Al siguiente día pernoctaron en Xilotepec, ciudad completamente despoblada.

Al tercero entraron de madrugada en Tlacopan, que también estaba desierto, como todos los pueblos de la costa de la laguna.

Se alojaron en las principales casas, y apenas reposaron un instante, los tlaxcaltecas dieron vista á México por la calzada, y pelearon hasta que cerró la noche.

A la mañana siguiente, que era el 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, y quebró las cañerías que abastecían de agua á la ciudad de México.

Pedro de Alvarado atendió mientras tanto á reparar los caminos y á cegar las acequias para que pudiesen pasar los caballos; y en estas tareas emplearon tres días, habiendo tenido en todos ellos varios encuentros con los enemigos.

Alvarado quedó en Tlacopan con su división, y Cristóbal de Olid fué á Culuacan con la suya, según las instrucciones que habían recibido de Cortés.

Hicieronse fuertes en las casas de los caciques, que eran las que más seguridad ofrecían y durante una semana se ocuparon en reunir provisiones, que traían de los pueblos de la sierra.

## CAPITULO CVII.

Donde el lector verá los destrozos que los bergantines  
causaron en los indios,  
y el cómo logró Cortés entrar en la ciudad imperial.



EL saber Guatimotzin las disposiciones que había tomado Cortés para sitiar la ciudad, llamó á los capitanes y altos dignatarios del imperio para deliberar con ellos acerca de la conducta que debía observar en vista de las circunstancias.

—No hay tiempo que perder, les dijo; los españoles se preparan para darnos la batalla, y yo no sé qué nos conviene más si salir á combatirlos ó celebrar con ellos un tratado de paz.

—Mi opinión, dijo uno de los circunstantes, es que debemos sostener la guerra. Contamos con mayor número de soldados; y además, la posición que ocupamos es muy ventajosa.

—Pues yo creo, por el contrario, añadió otro, que la guerra será desastrosa, y que ningún resultado favorable deberemos esperar de ella.

—¿Es decir, exclamó el primero, que para vos nada significa la independencia, el amor á la patria?

—No por cierto; pero ante el peligro de males más graves, debe sacrificarse el honor de la patria, siempre que redunde en beneficio de la misma.

—Lo primero que en mi concepto debe hacerse, añadió un tercero, es sacrificar en aras de los dioses á los españoles que tenemos prisioneros.

—Temerario me parece el consejo, porque dará lugar á re-

presalias crueles. Es preciso hacer justicia á los extranjeros. Hasta ahora no han derramado sangre mas que cuando se han visto acometidos. Por lo demas, en todas ocasiones han apurado los medios conciliatorios ántes de apelar á las armas.

—Cuando hablais así, no recordais sin duda los atropellos que han cometido con nuestros hermanos. Es preciso escarmentarlos de una vez para siempre.

—¡Sí, que mueran! exclamaron à coro la mayor parte de los que asistian á aquella reunion.

Algunos opinaron que debia consultarse á los dioses, y para hallarlos propicios se sacrificasen ántes algunos españoles.

Guatimotzin deseaba la paz con los extranjeros, porque adivinaba los desastres que produciria la resistencia.

Pero viendo el espíritu que dominaba en aquella asamblea, consintió en que fueran sacrificados cuatro españoles y muchísimos indios de los que se habian rebelado contra el imperio.

Algunos historiadores hacen subir el número de las víctimas hasta cuatro mil.

Despues acudió el soberano al templo de Huitzilopochtli, y habiendo permanecido largo tiempo en oracion, salió diciendo, inspirándose siempre en el espíritu que dominaba en sus consejeros, que los dioses le aseguraban que no temiese á los españoles, que eran pocos, y que los que les acompañaban no perseverarian en ayudarles.

Añadió que el mismo dios de la guerra pelearia á su lado, y que, por lo tanto, debia aguardarse á los españoles sin temor alguno.

Mandó en seguida destruir los puentes, hacer baluartes, armar cinco mil barcas y defender la ciudad: y en estas operaciones estaban ocupados cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado á apoderarse de los puentes, y á cortar el agua á México.

Alentados los mexicanos por las palabras de Guatimotzin,

no se alarmaron al aproximarse los españoles; ántes por el contrario, les decian:

—Venid, venid, que con vuestra sangre alimentaremos todas las culebras de nuestros bosques y con vuestra carne mantendremos á los tigres, que ya están cebados con despojos de cristianos.

Otras veces, dirigiéndose á los tlaxcaltecas, exclamaban:

—¡Ah, cornudos! ¡Ah, esclavos! ¡Ah, traidores á vuestros dioses y á vuestro rey! ¡No os quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores? Pues morireis de mala muerte, porque ó perecereis de hambre, ó á los golpes de nuestros cuchillos, ú os prenderemos ó comeremos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamas en esta tierra se celebró! Y como juramento de que cumpliremos lo que acabais de oir, os arrojamos esos brazos y piernas que pertenecen á hermanos vuestros que han sido inmolados en el ara. Si no os entregais, asolaremos vuestras casas despues de la victoria, y no quedará un solo de vuestro linaje.

Los tlaxcaltecas se burlaban de estas amenazas y respondian:

—Màs os valdria someteros á la obediencia de Hernan Cortés, porque de lo contrario tened entendido que pagareis con la vida vuestra audacia.

Cortés, que tenia noticia de estas escenas, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapa, y él se embarcó en la misma direccion.

Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vencidos, deseosos de guarecerse en México, salieron por la otra, recogiendo en las barcas.

Los españoles se apoderaron de la ciudad y la prendieron fuego.

Cortés, en tanto, llegó á un peñon que se alzaba en medio de la laguna y estaba ocupado por mucha gente de Culúa.

En cuanto divisaron los bergantines encendieron grandes hogueras para dar la voz de alarma, y cuando se aproximaron arrojaron sobre ellos multitud de flechas y piedras.

Cortés saltó con ciento cincuenta compañeros, combatió tenazmente, y consiguió ganar las albarradas que para mejor defensa tenían hechas.

Subió á la cumbre, aunque con bastante dificultad, y la matanza fué tal, que no dejó á uno con vida, á excepcion de las mujeres y niños.

Los españoles tuvieron veinticinco heridos, algunos de ellos de consideracion.

Las hogueras anunciando que se acercaban los extranjeros, aumentaban por momentos, y alrededor de la laguna y de la sierra derramaban su resplandor siniestro.

Los de México salieron en sus barcas, y algunos personajes del imperio tomaron quinientas de las mejores, adelantándose para pelear con los extranjeros.

No sólo les impulsaba el deseo de vencer, sino la curiosidad de saber qué eran aquellas naves de tanta fama.

Cortés se embarcó llevando muchas alhajas de las que se habia despojado á los vencidos y mandó á los suyos que estuviesen unidos y no hostilizasen á los enemigos, para que éstos atribuyendo á cobardía su conducta, acometiesen y les fuese más fácil destruirlos.

Los de las quinientas barcas caminaron á todo remo.

En breve tiempo llegaron tantas canoas, que henchian la laguna.

Daban tantas voces los que las tripulaban, hacian tanto ruido con tablas, caracoles, y otras bocinas, que apenas se entendian unos á otros.

Cuando el combate iba á empezar, sobrevino un viento tan favorable á la escuadra de Cortés, que todos atribuyeron á milagro.

—Alabemos todos à Dios, dijo el caudillo á sus capitanes. El señor se ha servido concedernos este auxilio para asegurar nuestra victoria. Arremetamos todos á un tiempo hasta encerrar á los enemigos en México. Del éxito de este combate depende nuestro porvenir; que cobren miedo á los bergantines en este primer encuentro, y nada tendremos que temer en lo sucesivo.

Y al terminar estas palabras dió la voz de mando y embistieron todos á un tiempo con las canoas, que ya empezaban á huir, porque el viento les era desfavorable.

Con el ímpetu que llevaban destrozaban á unas, echaban á otras á fondo y perecian cuantos las tripulaban.

Bien es verdad que las canoas eran tantas, que unas á otras se estorbaban y no podian maniobrar.

Siguiéronlas los españoles más de dos leguas, y las acorralaron en la ciudad.

No se pudo saber cuántos fueron los muertos, pero debieron ser muchos, toda vez que la laguna estaba cuajada de sangre.

Alvarado y Cristóbal de Olid, al ver el estrago que hacia Cortés en los de las barcas, entraron por la calzada con sus tropas, combatieren y tomaron ciertos puentes y albarradas, y con el auxilio de los bergantines pusieron en dispersion á los enemigos, haciéndoles saltar al otro lado de la laguna.

Regresaron los españoles, y como Cortés no veía ya canoas, y por lo tanto, nada tenia que temer, saltó en la calzada que empieza en Iztacpalapa con treinta españoles, y despues de apoderarse de dos teocalis y destruir los ídolos, mandó disparar tres piezas de artillería, con lo que desembarazó por completo la calzada.

Un descuido de uno de los artilleros pudo ocasionar graves desgracias.

Se incendió el depósito de pólvora y aunque no hubo que

lamentar desgracia alguna personal, fué una pérdida de consideracion en aquellos momentos.

Cortés envió á pedir pólvora á Sandoval, ordenándole al propio tiempo que mandase cincuenta españoles y la mitad de la gente de Culuacan.

Noche de angustia y de temor fué para Cortés la que siguió á los sucesos que acabamos de relatar.

Se encontraba únicamente con cien soldados, porque los demas se hallaban á bordo de los bergantines, y con tan escasas fuerzas tuvo que resistir á los infinitos enemigos que en barcas y por la calzada se acercaban con amenazadora gritería.

Pero con el auxilio de los disparos que hacian los bergantines logró dispersarlos.

Al amanecer llegó el refuerzo que enviaba Cristóbal de Olid. Consistia en ocho caballos y unos ochenta peones.

Los mexicanos combatian de nuevo por agua y tierra; pero Cortés salió á su encuentro, les persiguió por la calzada, ganó un puente con su baluarte, y les hizo tal destrozo con los cañones y caballos, que les obligó á encerrarse en las primeras casas que encontraron.

Quedó, pues, gracias á su valor, dueño de las dos lagunas. Al dia siguiente partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapa para Culuacan, y en el camino tomó y destruyó una pequeña ciudad próxima á la laguna.

Cortés le envió dos bergantines para que, sirviéndole de puente, pasase el ojo de la calzada que habian roto los enemigos.

Dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y seguido de diez caballos, fué á reunirse con Cortés.

Cuando llegó encontró al caudillo empeñado en sangrienta lucha con los mexicanos.

Ayudóle á pelear, y recibió una pedrada que le hizo una gran herida en un pié.

Cortés, terminada la batalla, distribuyó su gente de la ma-

nera más conveniente, y se proveyó de víveres de todas clases.

Seis dias tardó en estos preparativos, y habiendo hallado canales que les permitian navegar alrededor de la ciudad, entraron en México y quemaron muchas casas de los arrabales.

Cercóse la ciudad por cuatro partes.

Cortés se situó entre dos torres de la calzada que atajaba las lagunas.

Pedro de Alvarado fué á ocupar Tlacopan.

Cristóbal de Olid estableció sus reales en Culuacan.

Gonzalo de Sandoval creyó oportuno quedarse en Xaltoca, porque Alvarado y otros dijeron que por aquella parte se saldrían los de México al verse en aprieto.

A no ser por temor de que se abastecieran de víveres, Cortés les hubiera dejado libre aquel paso, en razon á que contaba con grandes elementos para combatirlos mejor por tierra que por agua, y porque era partidario de aquella máxima: "Al enemigo, si huye, hazle la puente de plata."